

S U P L E M E N T O

A L

NÚMERO CUARTO

DEL PERIÓDICO

PACÍFICO ORIENTAL

DE MONTEVIDEO.

MARTES 15 DE ENERO DE 1833.

TODOS los comunicados existentes en esta imprenta se publicarán en este suplemento para satisfacción del público: se suprimirán algunas expresiones que puedan comprometer al impresor, y de las que no debe responder, ni puede porque ignora quienes sean sus autores, advirtiendo que de todos y cualquiera escritos que se le entreguen firmados se hará un escrupuloso deber en imprimirlos conforme a su original.

PRIMERO.

Señor Editor del Pacífico: Hallándome en Buenos-aires supe que el benemérito cura de esta ciudad doctor don Dámaso Larrañaga había entablado correspondencia con el caballero Tompson, residente en aquella, con objeto de establecer en la provincia el sistema de enseñanza mutua por el método del señor Lancaster. También supe que el Exmo. Cabildo de Montevideo auxiliaba decididamente la empresa, habiendo nombrado una comisión de su seno para que de acuerdo con el señor Larrañaga fabricase una casa con las dimensiones necesarias para la escuela: y por último fui aquí informado, que para director de aquella había el mismo ayuntamiento hecho venir a don José Catalá de Buenos-aires, asignándole cien pesos de sueldo, y costeando pizarras, libros, &c. En

esta inteligencia estaba, señor Editor, hasta que la lectura de la arenga de Catalá en el número anterior, me dió motivo para dudar de la realidad de aquellos hechos, ó de la sinceridad con que el director parece que debía producirse ante el público, en la apertura de la escuela.

Sin embargo, como yo no tengo antecedentes para hacer de pronto una crítica de la enunciada exposición, y me ocurre por otra parte, que la delicadeza del digno jefe del Estado no podría llevar a bien, el que se le atribuyese esclusivamente un honor, que no hubiera el solo adquirido; quisiera, que se sirviese V. insertar en el próximo número, este artículo, a efecto de que el señor don José Catalá conteste, si es en todo verdadera su exposición, y por consiguiente falso cuanto en su respecto se habla.

Queda de V. señor Editor, con la mayor consideracion—*El amigo de la verdad.*

SEGUNDO.

Señor Editor del Pacífico Oriental. Muy señor mío: he visto en su número tercero una equivocación, que me creo en el deber de aclarar. Dice V. en su contestación al amante del bien público, que yo he sido nombrado fiscal, lo que de ningún modo ha sucedido. Lo verdadero del caso es lo que sigue: En el mes de Diciembre se sirvió nombrar

QUINTO COMUNICADO.

¡Buena la hemos hecho, señor Editor! yo en haber hablado de los que estaban callados, y V. en haber estampado mis añaños. ¡Qué conjuros! ¡qué sofismas! ¡qué adulacion! ¡qué vituperar! ¡qué nada entre dos platos! ¡y con qué tono tan amenazante ha resollado don Montevideano à las amargas verdades que me dió lugar à esponer nuestra santa libertad civil sobre el cementerio de esta ciudad! pero es preciso tragárselas: ¿há visto V.? es en valde, hay gente para todo, menos para confesar, como suele decirse, à mal que te pese. Válgame que el tal señor don Montevideano se olvidó de pedir datos, que si los pidiera... ¡miren qué compromiso! como que no hubiera podido presentarlos... ya se vé... aunque no he sido solo el que vió lo que vió no todos tienen un práctico conocimiento de esas ciencias zoológicas que el sabe, ¿y cómo sin ellas conocer si el campo santo está bien ó mal cuidado? ¿cómo distinguir cuando se entierran ó se siembran los cadáveres? ¿Qué mas contestaría don V. O. si le preguntáran, usted ha visto el campo santo? Sí le he visto y estado. ¿Y qué es campo santo? donde van à parar los muertos. ¿Y qué entendéis por muertos? Entiendo por muertos todos aquellos que dejaron de vivir por habérseles acabado el resuello. ¿Y qué vió V. en el campo santo? varias cosas, entre ellas dos muertos que en el estado de recién-nacidos estaban sin enterrar, segun supe, desde el dia anterior. ¡Dos muertos! ¿cómo es posible que estuviesen esos dos muertos así? dejándose estar. ¿Pero V. los vió? los ví: vine al pueblo, busqué un negro y un azadon, volví al campo santo, dimos sepultura à los cadáveres, pagué el servicio del negro, rezé dos padres nuestros, y me retiré à mi casa. Pues miente V. à la faz de un público respetable, y así no se le pueda creer porque no posee V. los principios de una porcion de ciencias necesarias para entender en la materia; y por este orden rebatir à los que, y no son pocos, podrían referirse à hechos visto sobre el mismo asunto y que solo aparece ignorarlos el señor don etcetera, etcetera.

Válgame, repito, que no escribí de la Laponia, de la Persia, ni de la Tartaria, de donde à todos quedaría su duda sobre quien de ambos era el impostor. Válgame, por conclusion, no haber removido otros pormenores que tengo relativos à cierto cajoncito de los de no te muevas, y que son... el cementerio; pues de... ¡Dios se libre! à la hora... forzoso... la ley de im-

prenta: mas como hablé de cosas que vemos todos y palpamos diariamente, comtraté de un asunto que apreció la generalidad de este vecindario, me doy por satisfecho. En cuanto à lo demas, yo sí que debo reirme; pero aun que me faltan esos principios zoológicos, y biblioteca donde poder tomar un conocimiento de ellos, para mi propósito tengo no obstante à Mr. Pastoret, que dice: „En todos tiempos fué „respetado el sepulcro por la opinion pública „como termino de las enfermedades hu- „manas, y mal cuidar los residuos de a- „quellos seres de ternura se miró siempre „como uno de los crímenes mas enormes.”

Tal vez este autor no era naturalista, químico, ni físico, y por eso se contentó con solo indicarnos la veneracion que nos merecen los restos de nuestros semejantes, que à poseer estas ciencias es probable se habría detenido en describirnos con voces tecnicas el respetable transito del gaz carbónico y azote de un cadaver humano al vientre de un cerdo, ó al buche de los tales mamilares, y probaria que el verdadero respeto à los sepulcros consistia en ahorrar à la tierra el trabajo de descomponer nuestros despojos, encomendándolos à seres vivientes que son agentes mas dignos de ocuparse en servicio del hombre. En fin, señor Editor, el asunto es demasiadamente serio, para hecharlo à la broma. El campo santo está en el estado que anuncié en mi anterior comunicado, y de ello es testigo todo el pueblo y todas las autoridades; así es que no lo anuncié como una noticia que nadie ignorase, ni me mos con intencion de ofender à corporacion ni persona determinada, sino con animo de estimular à mis conciudadanos à su mejora.

Sino hablar de ninguna, si callar los abusos y bajar servilmente la cabeza cuando ellos estén autorizados por un señor de des etceteras, es la gran lógica que estudió don Montevideano, puede ir à pedir grados en el Diván, ó al grande Lama: pues nosotros, hombres libres por la divina misericordia, y por los esfuerzos de los que saben serlo, hablaremos siempre por el bien de todos, y yo por mi parte no omitiré nunca decir la verdad desnuda, de un modo que todos me entiendan y la conozcan, sin incurrir en cirisismo ni separarme como lo hize, de que lo ne permiten las leyes sin temor à nadie, mientras no las infrinj. Este fué siempre mi diablito, y como el pueblo es tan pequeño y todos nos conocemos no se nos oculta el de los que quieren adquirir la opinion de eminentes filósofos; sagaces artífices y... concluyamos por agora con dos etceteras para el empaque, y rueda la bola.

Tenga la bondad, señor Editor: de insertar si hubiere lugar, en la extraordinaria del martes esta doble advertencia que hace sobre el campo santo su afectisimo q. b. s. m.

A. J. M. Y. S.

Montevideo Imprenta de Perez.